

# Sobre ausencia y presencia en *Trilce*

Cuando Federico García Lorca escribió lo siguiente: «He visto que las cosas, cuando buscan su curso, encuentran su vacío»,<sup>1</sup> no sabía lo bien que había captado el espíritu de la aventura poética de *Trilce*. Una búsqueda de sentido en un mundo absurdo, *Trilce* (1922), «descubre» y «redescubre» lo que Sartre y los existencialistas propondrían más tarde: que la ausencia o falta de existencia es una de las fundamentales características de todo ser y que la única (tal vez) prueba definitiva de la existencia individual se da a través de los actos.<sup>2</sup> Apenas en el acto de amor (momento único en que el buscar coincide con el encuentro), es cuando el vacío descubierto se llena y el poeta puede afirmar que «yo no vivo entonces ausencia / ni al tacto.» (171).<sup>3</sup> Es además, el único momento en que el yo poético consigue encontrar la unidad que él solo disfruta: «Nadie sabe mi merienda succulenta de unidad» (171).

Los demás actos —si entendemos por actos los poemas de *Trilce*— al buscarle sentido a la existencia, sólo encuentran su vacío. Somos huérfanos que vivimos el tiempo de la ausencia:

Vosotros sois los cadáveres de una vida  
que nunca fue. Triste destino.  
El no haber sido sino muertos siempre.  
El ser hoja seca sin haber sido verde jamás.  
Orfandad de orfandades. (174)

Por lo tanto, son precisamente los huecos, los vacíos, los que posibilitan la existencia. Comenzando por el sexo femenino, todo hueco, según Sartre, constituye «an appeal to being».<sup>4</sup> A partir de la idea de que todo hombre nace «un nada» que sólo después se irá definiendo, haciéndose de acuerdo con lo que de antemano se ha planeado, todo hueco viene a simbolizar la imagen vacía del yo, la nada que busca llenarse de una presencia física. En un mundo donde reinan el dolor, la angustia, la ausencia y la muerte, el poeta encuentra que sólo enfrentándose con el vacío, con los huecos de que se

<sup>1</sup> Federico García Lorca, «1910 (Intermedio)», Poeta en Nueva York, 8.ª ed. (México, Porrúa, 1983), página 106.

<sup>2</sup> Jean Paul Sartre, «Existentialism», trad. Bernard Frechtman, en *Existentialism and Human Emotions* (New York, Philosophical Library, Inc., 1957), p. 32. Américo Ferrari se ha referido brevemente a la presencia de los vacíos en Vallejo en el prólogo a la edición Moncloa (1968) de la Obra poética del autor.

<sup>3</sup> César Vallejo, *Trilce*, en César Vallejo. Obra poética completa, Mosca Azul Editores (Madrid, Alianza Editorial, 1983), p. 125. Las citas de *Trilce* corresponden a esta edición.

<sup>4</sup> Jean Paul Sartre, «Being and Nothingness», trad. Hazel E. Barnes, en *Existentialism and Human Emotions* (New York, Philosophical Library, Inc., 1957), p. 85.

compone «la existencia» humana, sólo dándole forma a través del acto poético, podrá esperar llenarlos de sentido.

En el poema XLIX, el yo poético se enfrenta con su propia ausencia:

Nadie me busca ni me reconoce  
Y hasta yo he olvidado  
de quien seré. (153)

Pide pruebas de identidad, en *Trilce* XXX, a «la guardarropiá» en la esperanza de «sorprender na limitação do estar o ser que vive». <sup>5</sup> Leemos:

Buena guardarropiá, ábreme  
tus blancas hojas;  
quiero reconocer siquiera al 1,  
quiero el punto de apoyo, quiero  
saber de estar siquiera. (154)

Si no puede asegurarse de que *es* quiere saber que por lo menos está. Como dice María José Queiroz, «situar-se, "that is the question". "To be or not to be" traducido na fórmula do "estar ou não estar"». <sup>6</sup> Por lo tanto, el yo poético no encuentra el estado que esperaba sorprender en el vestido y encuentra, en cambio, que la vida humana, desde la cuna hasta la sepultura, se resume en una «busca incessante do estado perdido». <sup>7</sup> Lo vemos enseguida:

En los bastidores donde nos vestimos,  
no hay, no Hay nadie: hojas tan sólo  
de par en par,  
Y siempre los trajes descolgándose  
por sí propios, de perchas  
como ductores índices grotescos,  
y partiendo sin cuerpos, vacantes,  
hasta el matiz prudente  
.....  
y hasta el hueso! (154)

El yo poético en otros poemas busca situarse fuera del presente. Trata de trascender su encarcelamiento en el presente buscando una identidad en otra dimensión temporal. Pretende ausentarse de sí mismo proyectándose a un estado perdido para así encontrarse a sí mismo.

Rumbé sin novedad por la veteada calle  
que yo me sé. Todo sin novedad,  
de veras. Y fondeé hacia cosas así,  
y fui pasado. (124).

Este tipo de aventura lo lleva a buscar el amor ausente de la madre o de la amada como posible fuente de identidad. Así, en el poema (XV) se dirige a la imagen de su novia, Otilia, hablándole como si estuviera presente aunque afirma que está ausente:

<sup>5</sup> María José Queiroz, César Vallejo: Ser e Existência (Coimbra, Atlântida Editora, 1971), p. 90.

<sup>6</sup> Queiroz, Ser e Existência, p. 89.

<sup>7</sup> Queiroz, Ser e Existência, p. 83.

Has venido temprano a otros asuntos  
y ya no estás. (128)

Además, ni siquiera están ambos porque son «novios difuntos». El rincón donde ellos durmieron juntos, se llena poco a poco de ausencia: «la caja de los novios difuntos fue sacada»; los asuntos que compartían ya han sido reemplazados por otras actividades; y el tiempo como el espacio viene a ser un recuerdo apenas de «veranos idos, tu (de Otilia) entrar y salir», ya una ausencia concretizada —llenada, si se quiere— por el sonido hueco de «dos puertas abriéndose cerrándose, ... que al viento van y vienen / sombra a sombra.»

Por un lado, podemos encarar este poema como una búsqueda destinada al fracaso, un encuentro condenado a desrealizarse desde el momento en que el yo poético declara: «me he sentado / a caminar.» Prisionero de su condición humana, todo esfuerzo por salir de ella para encontrar sentido fuera de la misma se estanca, y lo único que rinde su «caminar sentado» —esto es, su caminar mental— es más angustia. El rincón amado, cuya existencia el novio «difunto» quiso recuperar, recordándose a la novia «difunta» («Es el rincón / amado. No lo equivoques.») pertenece ya a un pasado que está, «En esta noche pluviosa / ya lejos de ambos dos.» (129). Por otro lado, el cambio abrupto del yo improbable, ficticio («espía de la intimidad, desdoblamiento del Yo inmanente») al Yo probable, inmanente («él que come, bebe, escribe versos, tiene nombre, y racionaliza») tanto como la mudanza radical del tiempo y del espacio ficticio del recuerdo al tiempo y al espacio «real» del presente sirven para subrayar aún más la noción de ausencia y lo irrecuperable de la identidad perdida (del yo poético como «novio»).<sup>8</sup>

No obstante, si aceptamos la postura existencialista de que no existe la realidad excepto en la acción, y además que «el pensar es vivir» podríamos verificar que el poeta ha conseguido la subjetividad (la identidad) haciéndose un sujeto en su poema:

Aprendemos, na primeira lição de fenomenologia que o sujeito só conquista a subjetividade fazendo-se sujeito. (Álem disso) (e)sse truísmo ajuda-nos a entender os sintomas do estado crônico da duplicidade interior do poeta estudado. Coabitaram o Eu e o outro sem que a consciência do responsável tratasse de reduzi-los, sob seu domínio, à unidade perdida. Interessava-lhe a ambivalência porque graças a ela podia contemplar-se como objeto.<sup>9</sup>

Así, a través del acto de escribir, tanto el espacio del poema como el espacio del yo poético se concretizan, se identifican, se subjetivizan, a la vez que transmiten una realidad inexistente.

En otras ocasiones, el poeta se dirige a la madre ausente. Figura central de varios poemas en *Trilce*, ella representa una ausencia que se vincula con la carencia de alimentos y todas las demás carencias, limitaciones y mutilaciones.<sup>10</sup> A veces la madre se presenta como un ausente elemento físico, como por ejemplo en el poema **XXIII** Aquí, en la ausencia de ella, la repartidora de «ricas hostias de tiempo», la comida ya no es

<sup>8</sup> Queiroz, *Ser e Existência*, p. 76.

<sup>9</sup> Queiroz, *Ser e Existência*, pp. 95, 96.

<sup>10</sup> Guillermo Alberto Arévalo, César Vallejo. Poesía en la historia (Colombia, Carlos Valencia Editores, 1977), p. 89.

el antiguo «ágape», signo sensible de amor de un mundo irrecuperable.<sup>11</sup> Y en el poema XXVIII «sentado a la mesa de un amigo, tiene hambre de la felicidad y de la unidad afectiva para siempre abolidas».<sup>12</sup>

He almorzado solo ahora, y no he tenido  
madre, ni súplica, ni sírvete, ni agua,  
ni padre...

.....

Cómo iba yo a almorzar. Cómo me iba a servir  
de tales platos distantes esas cosas,  
cuando habíase quebrado el propio hogar  
cuando no asoma ni madre a los labios.  
Cómo iba yo a almorzar nonada. (138)

La imagen en el verso final (del poema), la «cocina a oscuras» sin su calor materno, subraya el sentido de orfandad que la ausencia de la madre engendra.

En el poema XVIII, la madre se presenta como un ausente alimento existencial. Aquí desde la cárcel, el recuerdo de la madre se le representa al yo poético en una figura libertadora a pesar de muerta: es «la amorosa llavera de innumerables llaves» (130). Pero es ella también la solución posible de su esencial incompletud o condición de orfandad, cuyo «terciaro brazo» es capaz de completar su «mayoría inválida de hombre» (131).

Este buscar en la madre la completud es, según Otto Rank, un deseo subconsciente de volver al vientre materno, origen paradisiaco donde no se conoce la necesidad o la carencia:

A experiênciã intra-uterina jamais se apaga da memória do homem com exceção da morte, que é inconscientemente sentida como um retômo ao útero, à origem, o nascimento físico constitui a experiênciã mais dolorosamente ansiosa que o homem sofre. O mais remoto local de alojamento, isto é, o ventre materno, onde tudo se recebe sem que seja preciso nem mesmo pedir, é paraíso. Nascer é ser repudiado do paraíso, do jardim do Édem. E o resto da vida é gasta em esforços para recuperar o paraíso perdido, da maneira que cada um melhor puder, e por diversos medios.<sup>13</sup>

✱ El esfuerzo por recuperar el paraíso materno a veces se extiende para incluir la infancia perdida. Así ocurre en el poema III, donde el yo poético trata de encontrar la unidad perdida en el pasado. Sin embargo, el delirio se corta abruptamente como si alguien hubiese apagado las luces en medio de una película; y de repente se encontrara solo:

Aguedita, Nativa, Miguel?  
Llamo, busco al tanteo en la oscuridad.  
No me vayan a haber dejado solo, y  
el único recluso sea yo. (121)

<sup>11</sup> Américo Ferrari, *introd.*, César Vallejo. *Obra poética completa* (Madrid, Alianza Editorial, 1983), páginas 29, 30.

<sup>12</sup> Ferrari, *Introd.*, p. 30.

<sup>13</sup> Patrick Mullanby, *Edipo: mito e complexo. Uma crítica da Teoria Psicoanalítica* (Rio, Zahar Editôres, 1965), pp. 189, 190, citado en María José de Queiroz, César Vallejo: *Ser e Existência*. (Coimbra: Atlântida Editora, 1971), pp. 83, 84.

En otra aventura parecida, la voz poética se dirige con urgencia hacia unos espectros infantiles. Suplicándoles que esperen, les pregunta sobre la muerte. Quiere saber dónde están («¿Dónde os habéis dejado vosotros / que no hacéis falta jamás?») y cómo es:

¿Aspa la estrella de la muerte?  
O son extrañas máquinas cosedoras  
dentro del costado izquierdo.  
Esperaos otro momento. (149)

Pero de pronto, termina la música y cae el telón. Su momentánea libertad ha sido apenas vislumbrada entre sueños de fiebre que se le han escapado como un ave («Ave! No salgas», 149).

En el poema LXI<sup>61</sup>, la conciencia dolorida del pasado que siente el yo poético aumenta al ser contrastada con la felicidad de su caballo, cuya conciencia de la existencia sólo ocurre en el presente. Así juntos los dos vuelven a la querida casa:

Esta noche desciendo del caballo,  
Ante la puerta de la casa, ...  
.....  
Está cerrada y nadie responde.  
Numerosa familia que dejamos  
no ha mucho, hoy nadie en vela, y ni una cera  
puso en el ara para que volviéramos. (163)

Pero aunque son los dos olvidados («todos están durmiendo para siempre»), el único consciente de la ausencia es el yo poético: él descende, llama, rumia sobre dónde estarán todos, espera y llama de nuevo. Mientras tanto, el caballo «relincha, relincha más todavía» y «entre sueños, a cada venia, dice / que está muy bien, que todo está muy bien» (164).

Cuando el escape al pasado no rinde la felicidad buscada, el poeta decide proyectarse más allá de sí mismo. Así, en el poema XXXIII, dice:

Si lloviera esta noche, retirárame  
de aquí a mil años!  
Mejor cien no más.  
Como si nada hubiese ocurrido, haría  
la cuenta de que vengo todavía. (143)

Allí, «contempla la vida desde el pasado, que visto desde antes de ser, se hace futuro, pero sin esperanza, sin posibilidad de salvación»<sup>15</sup> porque en el futuro aguarda todavía la ausencia de la madre y de la amada:

O sin madre, sin amada, sin porfía  
de agacharme a aguaitar al fondo, a puro  
pulso... (142)

Al fin de cuentas aún el futuro se nos vuelve pérdida: el poeta no puede librarse de su destino y no se verá sino como pasado:

<sup>14</sup> César Arévalo, *César Vallejo. Poesía en la historia*. (Colombia: Carlos Valencia Editores, 1977), p. 84.

<sup>15</sup> Arévalo, *César Vallejo. Poesía en la historia*, p. 84.

No seré lo que aún no haya venido  
lo que ha llegado y ya se ha ido,  
sino lo que ha llegado y ya se ha ido. (142)

En pocas ocasiones, a no ser cuando se trata del sexo femenino, consigue el yo poético enfrentarse con el vacío y llenarlo de sentido. En el poema XVI, en el cual ante el aire manco, el sueño y la «cóncava mujer», esa «cantidad incolora, cuya / gracia se cierra donde me abro» el poeta proclama que existe: «Tengo fe en ser fuerte», comienza diciendo y repite el mismo verso en la segunda estrofa. Cierra el poema en la misma nota optimista:

Tengo fe en que soy,  
y en que he sido menos.  
Ea! Buen primero! (129)

Y con igual facilidad e igual certeza es capaz de dirigirse al absurdo y decir:

Absurdo, sólo tú eres puro.  
Absurdo, este exceso sólo ante ti se  
suda de dorado placer. (173)

No obstante, aún cuando en los diversos encuentros con la nada (con los huecos, con el vacío de que se compone el mundo absurdo que le rodea) no descubre el poeta el sentido anhelado, el mero acto de iluminar ese vacío, el mero acto de reconocer el hueco y adentrarse en él, constituye una afirmación de la existencia del yo poético tan conmovedora como la que se declara en el poema XVI. En las palabras de Sartre:

(The hole) presents itself to be as the empty image or myself. I have only to crawl into it in order to make myself exist in the world that awaits me.<sup>16</sup>

Así, Vallejo, lidiando palabra por palabra con la nada logró forjar la identidad tan elusiva e ilusoria que no creía encontrar en la experiencia. Trilce, en último análisis, prueba que:

☺ El hombre, sólo expresándose se relaciona con el mundo, se conecta con los demás hombres y es por esta condición que alcanza su humanidad... El ser absolutamente inexpresivo no existe, es un ente de pura abstracción.<sup>17</sup>

Margaret Abel-Quintero

<sup>16</sup> Sartre, «Being and Nothingness», p. 84.

<sup>17</sup> Antenor Orrego, «Palabras prologales (de Trilce)», Aula Vallejo, n.º 1 (1961), p. 13.